si no se iba, por tanto que saliése fuera, y despues tratarian de amistad. Cortés como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decian que se fuése para tomarlo entre puentes: tanto les rogaba por el daño que recibia, como por el que hacia, y así viendo que las vidas y el mandar, consistia en los puños y tener buen corazon, salió una mañana con los tres ingenios, con cuatro tiros, con mas de quinientos españoles, y con tres mil tlaxcaltecas á pelear con los enemigos, à derribar y quemar las casas: arrimaron los ingenios á unas muy grandes que estaban junto á una puente; echaron escalas para subir à las azoteas que estaban llenas de gente, y comenzaron à combatirlas; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron y apretaron de tal manera á los españoles, que no les dieron lugar á soltar los tiros y los de aquellas casas tiraron tantas piedras y tan grandes de las azotèas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros, y los hicieron volver mas que de paso en poco tiempo. Como los vièron encerrados, cobraron todas las casas y calles perdidas, y el templo mayor, en cuya torre se encastillaron quinientos principales hombres, metieron muchos bastimentos, bastantes piedras, muchas lanzas largas, y con lenguetas de perdenal anchos y agudos, y á la verdad con ninguna arma hacia tanto daño como con piedras, ni tan á su salvo. Era fuerte aquella torre y alta segun ya dije, y estaba tan cerca de los nuestros que les hacia muy gran daño. (162) Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre los suyos, é iba por delante á las afrentas y peligros: por no estar acalorado, que no lo sufriria su corazon, tomó trescientos españoles y fuè á combatir aquella torre, acometióla tres ò cuatro veces, y otros tantos dias, mas nunca la pudo subir; como era alta y habia muchos defensores, y con bueuas piedras y armas, y por detras le fatigaban muchos, ántes siempre venian rodando las gradas abajo heridos, y huyendo de que orgullosos los indios, seguian los nuestros hasta las puertas del real, y los españoles iban de cada hora desmayando mas, y muchos murmurando, estaba su corazon con estas cosas cual se puede considerar, y porque los indios con tener la torre y victorias, andaban mas bravos que nunca, asi en las obras como en palabras. Determinó Cortés

[162] *Esto induce à creer que los españoles estaban hospedados en la calle que llaman del Empedradillo, donde estan las casas del Estado, pues están muy próximas á la Catedral que era el templo mayor. Otros creen que en el solar que existe en la calle del Indio triste y estampa de santa Teresa edificio tambien contiguo, pues el templo mayor llegaba hasta la primera calle del Relox.*

salir y no tornar sin ganarla: atòse la rodela al brazo que tenia herido, fué, cercó, y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltécas y amigos, y aunque los de arriba la defendieron mucho y recio, y derribaron tres ó cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos indios à socorrer los cercados, la subió y ganó. Pelearon con los que arriba estaban hasta que los hicieron saltar á unos petriles ó andanas que tenia la torre al rededor, mas de un paso anchos, los cuales eran tres y uno mas alto que otro dos estados, ó conforme à lo sobrado de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que además del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros que estaban abajo. Españoles hubo que abrazados con los enemigos, se arrojaban à los petriles y aun de uno en otro, por matarlos ó echarlos al suelo, y asi no dejaron ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba, que como eran muchos indios, ni los podian vencer ni acabar de matar: en fin, murieron todos los quinientos, como valientes hombres, y si tuvieran armas iguales mas mataran que muriéran, segun el lugar y corazon que tenian. Cortés no halló la imàgen de nuestra Señora que al principio de la rebelion no podian quitar los indios, (163) y Cortès tambien puso fuego á las capillas y otras tres torres, en el que se quemaron muchos ídolos Los mexicanos no perdieron coraje aunque perdieron la torre, con el cual y por la quema de sus dioses que les llegó al alma, hacian muchas arremetidas á la casa fuerte de los españoles, sin cesar de pelear.

CAPITULO 132.

Rehusan los de México las treguas que Cortès pidió.

Cortés considerando la multitud de los enemigos, el ànimo, la porfia, y que ya los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse (si los mexicanos los dejáran,) tornó à requerir con la paz, y á rogar à los mexicanos por treguas, diciéndoles que morian muchos y no mataban ninguno, y que les llamaba para que conociésen su daño y mal consejo. Ellos mas endurecidos que nunca, le respondieron, que no querian paz con quien tanto mal les habia hecho, matándoles sus gentes y que-

[163] *Eso prueba que fué falso lo del pegamento. Betancourt dice: (cuarta parte tomo 5. de los sucesos religiosos,) que el dueño de esta imágen, Juan Rodriguez de Villafuerte, la dejó en el cerro de Toltepec por verse imposibilitado de cargarla por las heridas que tenia: dedicósele el templo donde existe el año de 1576, domingo infraoctava de la asuncion. Cuando México necesita de lluvias se le trae á la Catedral; la mejora del temporal es tan segura y constante, que desafio al mayor pirroniso à que me desmienta.*

mándoles sus dioses, ni menos querian treguas, pues no tenian agua, ni pan, ni salud, y que si de ellos morian que tambien mataban y herian: que no éran dioses, ni hombres inmortales para no morir como ellos; y que miràse cuanta gente parecia por las azotèas, torres y calles, sin tres tantos mas que estaba en las casas, y veria que mas presto se acabarian sus españoles muriendo uno á uno, que los vecinos de mil en mil, ni de diez mil; porque acabados aquellos que veia, vendrian luego otros tantos y tras aquellos, otros y otros; mas acabado él y los suyos, que no vendrian mas españoles, y ya que ellos no los matásen con armas, se moririan de heridas, hambre y sed: y aunque ya quisiésen irse no podrian por estar deshechas las puentes, y rotas las calzadas, no teniendo tampoco barcos para irse por agua. En estas razones (que le dieron bien en que pensar, y temor) le tomó la noche, y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, los consumia y consumiéra sin otra guerra. Aquella noche se armaron los españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no pelean à tales horas, quemaron fácilmente trescientas casas en una calle; entraron en algunas y mataron los que estaban dentro: quemàronse entre ellas tres azotéas cerca del fuerte que les hacian daño: los otros medio españoles (ó sean los indios auxiliares de Cortès) adobaban los ingenios y reparaban la casa.

Como les sucedió bien la salida tornaron á salir en amaneciendo à la calle y puente, donde les desbarataron sus ingenios, y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida (que de la honra ya no hacian tanto caudal) ganaron muchas casas con azotèas y torres que quemaron. Ganaron asimismo de ocho puentes que tiene allí México las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo que apenas las podian derribar los tiros: cegáronlas con el mismo lodo, adobes, y con la tierra, piedras y madera de lo derrotado: quedó guarda en lo ganado y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque mas sangre y ánimo perdian, que tierra ganaban. Luego á otro dia por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella misma calle, y fueron veinte de acaballo corriendo hasta tierra firme tras los enemigos que huian, y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á decirle como estaban esperando muchos señores y capitanes, que querian paz; por eso que fuése allá, y lleváse un tlamazcazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos de ella. Cortés fué y lo llevò consigo; tratóse de la paz, y el tlamazcazque fué á que dejásen las armas y levantásen cerco del real: no tornó, pues todo era fingido y por el ànimo que tenian los españoles, por cobrar el religioso, ò por descuidarlos. Con esto se fueron todos à comer, que era ya hora; mas apenas se sentó Cortes á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcállan dando voces que los enemigos andaban con armas por las calles, y habian cobrado las puentes perdidas y muerto los mas españoles que las guardaban. Saliò luego à la hora con los de acaballo que mas á punto estaban, y algunos de á pie. Rompió el cuerpo de los adversarios, que eran muchos, y siguiólos hasta tierra. A la vuelta como los españoles de á pie estaban heridos, y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron sostener el ìmpetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, que incheron tanto la calle, que apenas pudieron tornar à su aposento; y no solo estaba la calle llena de gente, mas aun habia por agua muchas canóas, y los unos y los otros apedrearon y agarrocharon los españoles bravísimamente, é hirieron à Cortès muy mal en una rodilla de dos pedradas, y luego corrió la voz por toda la ciudad que lo habian muerto, que no poco entristeció á los suyos y alegró á los indios; mas aunque herido animaba estos, y daba en los enemigos. A la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltò y embarazaron el paso à los que venian detrás. Revolvió Cortès sobre los indios è hizo alto en aquel lugar, y asi pasaron todos los de acaballo, y el que fué el postrero hubo de saltar con su caballo à muy gran trabajo y peligro, y fué maravilla que no le prendiera: apedreáronle con lodo, con que se recogiò al real ya bien tarde: en cenando envió algunos españoles à guardar la calle y ciertas puentes de ella, porque no las recobrásen los indios otra vez, ni le fatigásen en casa durante la noche, pues quedaban muy ufanos con el buen suceso del dia que ellos tuvieron, aunque no acostumbran segun ya dije pelear de noche.

CAPITULO 133.

Como huyò Cortés de México.

Viendo Cortés perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuésen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo, por que no habia casi ninguno que no estuviese herido, y tenian miedo de morir, porque eran tantos indios que aunque no hiciésen sino degollarlos como carneros no bastaban, no tenian tanto pan que se osásen hartar: no tenian pólvora ni pelotas, ni almacen ninguno: estaba aportillada la casa, que pocos se ocupaban en guardarla: todas estas eran bastantes causas para desamparar á México, y amparar sus vidas aunque por otra parte le parecia mal caso volver la cara al enemigo, pues que las piedras se levantan contra el que huye: especialmente tenian que pasar los ojos de la calzada por donde entraron, de que habian alzado las puentes, y asi por un lado los cercaban duelos y por otro quebrantos. Acordóse pues entre todos que se saliésen, y aquella noche tenebrosa, que era la de Botello, el cual presumia de astrólogo ò como le llaman de nigromànte, y que dijera muchos dias ántes, que si salian de México á cierta hora

señalada y de noche, que era esta, se salvarian: todos en fin acordaron de irse aquella noche misma, y para pasar los ojos de la calzada, hicieron una puente de madera, de poner y quitar; es muy de creer que todos se concertásen en ello, y no lo que algunos dicen que Cortés se partiò los cencerros tapados, y que se quedaron mas de doscientos españoles en el mismo pátio y real, sin saber de la partida, á los que despues mataron sacrificaron y comieron los de México; pues de la ciudad no se pudiera salir cuanto mas de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron. Llamó á Juan de Guzmán su camarero, (164) para que abriése una sala donde tenia el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, y que delante de los alcades y regidores tomàsen el quinto del rey sus tesoreros y oficiales, y dióles una yegua suya y hombres que lo llevàsen y guardásen. Dijo asimismo que cada uno tomáse lo que quisiese ó pudiése del tesoro que él se lo daba. Los de Narváez hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque á la salida con la carga, no podian pelear ni andar, y asi los indios mataron á muchos de ellos, y los arrastraron y comieron: tambien los de acaballo tomaron del tesoro llevándolo á las ancas, y en fin todos llevaron algo, que habia mas de setecientos mil ducados, sino que como estaban en joyas y piezas grandes, hacian gran volúmen. El que menos tomó libró mejor, pues fué sin embarazo y salvóse; y aunque alguno diga que se quedò allì mucha cantidad de oro y cosas, lo cierto es que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo. Dió el cargo Cortés à ciertos españoles que llevásen à recaudo, á un hijo y dos hijas de Moteuhsoma, y à Cacamatzin rey de Tezcoco, su hermano, y á otros muchos señores grandes que tenia presos: mandó à otros cuarenta que llevásen el ponton, y á los indios amigos la artillería y un poco de *centli* en mazorcas, que habia. Puso delante á Gonzalo de Sandovàl y á Antonio de Quiñones. Dió la retaguardia à Pedro de Alvarado, y èl acudia á todas partes con cien españoles. Con ésta órden salieron del cuartél á media noche en punto, y con gran niebla de agua y muy callados por no ser sentidos, encomendándose á Dios que los sacáse con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopan, que ahora llaman calle de Tacuba, que habian entrado, y todos le siguieron: pasaron el primer ojo con la puente que llevaban hecha. Las centinelas de los enemigos, y las guardas del templo y ciudad, sonaron luego sus caracoles

[164] *Segun Veitia el mayordomo mayor de Cortés se llamaba Francisco de Terrazas, y escribió en octavas la conquista de México que no salió á luz como la de los Araucanos por D. Alonso de Ercilla. ¡Quien sabe si este poema seria el tipo de donde formó el suyo* D. Juan Escoiquiz!

y dieron voces que se iban los cristianos, y en un salto, (que como no tienen armas ni vestidos que echar encima, no los impedia,) salió toda la gente mexicana tras ellos dando los mayores gritos del mundo, y diciendo: *mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!* Cuando Cortés llegó á echar el ponton sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que lo defendian peleando; pero en fin hizo tanto, que lo echó y pasó con cinco de á caballo, y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra pasando á nado las canales quebradas de la calzada, pues su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de acaballo á llevar los demás y á darles priesa que caminásen; pero cuando llegó á ellos aunque algunos peleaban réciamente, halló muchos muertos: perdió el oro, el fardage, los tiros, los prisioneros, y en fin, no hallò hombre con hombre, ni cosa con cosa de como la dejó y sacó, del real: recogió à los que pudo, echólos delante, y siguiò tras ellos y dejò á Pedro de Alvarado á recoger y esforzar los que quedaban atrás; mas Alvarado no pudo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban, y mirando la mortandad de sus compañeros conoció que no podia él escapar si atendia á los sayos, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caidos, oyendo muchas lástimas: llegó á la puente cabera ó última (165) y saltó de la otra parte sobre la lanza. De éste salto quedaron los indios espantados, y aun los españoles, pues era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron y se ahogaron. Cortés á esto se paró y sentó, no á descansar, sino á hacer duelo sobre los muertos, y vivos que quedaban, y á pensar y decir el vuelco que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan gran ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temia la venidera, por estar todos heridos, por no saber donde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad en Tlaxcállan: ¿y quién no lloraria la desventura presente, viendo la muerte y estrago de aquellos cristianos, que con tanto triunfo pompa y regocijo poco àntes habian entrado? No obstante porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó à Tlacópan, ciudad cercana à México, que está situada en tierra, fuera ya de calzada. Murieron (166) en el desbarate de esta triste noche, que fué (à diez de julio del año de mil quinientos veinte) sobre quinientos ò cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos: cuarenta y seis caballos, y todos los prisione-

[165] *Salto de Alvarado.*

[166] *Pérdida de los españoles. Están divididos los autores acerca de la pérdida de los españoles en esta noche memorable. Chimalpain dice que murieron* 450.

ros; unos dicen mas y otros menos; pero esto es lo cierto: si esta cosa fuera de dia por ventura no murieran tantos, ni hubiera tanto ruido, mas como pasó de noche oscura y de niebla, fué de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto, pues los indios como vencedores voceaban ¡victoria! ¡victoria! Invocaban sus dioses, ultrajaban los caidos y mataban los que en pie se defendian. Los españoles como vencidos maldecian su desastrada suerte, la hora y á quien alli los trajo: unos llamaban á Dios, otros á Santa Maria, otros decian *ayuda, ayuda que me ahogo!!* No sabrè decir si murieron tantos en agua como en tierra por quererse echar á nado, y saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban á ella los indios, no pudiendo acabar con ellos de otra manera: dicen que en cayendo el español en el agua era con él el indio, y como nadan bien los llevaban à las barcas donde querian, ó los desbarrigaban. Tambien andaban muchas calles al rededor de la calzada peleando, que como tiraban á bulto daban à todos, aunque algo divisaban el vestido de los suyos, que parecia encamisada, y eran tantos los de acaballo que se derribaban unos á otros en el agua y en la tierra, y asi ellos se hicieron asimismos mas daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caidos, pocos ó ninguno dejaran vivos. De estos tantos mas morian cuanto mas cargados iban de ropa y oro y joyas, que no se salvaron sino los que menos oro llevaban, y los que fueron delante ó sin miedo; y asi digo: *que los mató el oro y murieron ricos.* (167) Acabada que fuè de pasar la calzada, no siguieron los indios à los españoles, ó porque se contentaron con lo hecho, ó porque no se atrevieron á pelear en lugar anchuroso, ó por ponerse á llorar los hijos de Moteuhsoma que hasta entonces nunca los habian conocido ni sabido que fuésen muertos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre sus cadàveres, mesándose las cabezas por haberles dado muerte ellos mismos.

EL EDITOR.

La funesta retirada y derrota de los españoles esta muy bien referida en el capítulo anterior y poco hay que añadir para dar de ella una idea completa. Si fué sensible à Cortés la pérdida del oro, artillería y caballos, mucho mas debió serle la de sus manuscritos y relaciones que tenia hechas para el emperador de cuanto habia observado hasta entonces, asi como ahora lamentamos otra de igual naturaleza que sufrió el general Morelos á su salida de Cuautla, es decir una historia completa de todas sus campañas que segun el mismo me aseguró, habia formado bajo el título de *Selva.* De los principales capitanes españoles que fallecieron fueron Juan Velazquez de Leon,

[167] *Es la ironía mas jocosa que puede decírseles.*

Amador de Laris, Francisco de Morla, y Francisco de Saucedo: un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuhsoma, y una hija de *Maxiscatzin* gefe de los tlaxcaltécas llamada Doña Elvira, por la cual vistió Cortès luto cuando se presentó en aquella ciudad para lisonjear á su padre, segun Clavijero, aunque otros creen que de viruelas, segun dije en mi *memoria* de Tlaxcàlan siguiendo la redaccion de las noticias de Veitia.

Otras veces he referido la opinion de Bernal Diaz del Castillo en cuanto á la pérdida total de españoles ocurrida en aquella noche: dice que fueron 870, mas entre ellos comprende á los que continuaron muriendo hasta la llegada á Tlaxcàllan. Por fortuna de Cortès no perecieron en esta desgracia los intérpretes ó farautes que llevaba, y esta circunstancia influyó mucho para que en el siguiente año conquistàse à Mèxico, y se vengáse en sus desgraciados hijos de los daños que en justa defensa le hicieron en esta derrota. Los españoles perpetuaron la memoria de ella edificando una capilla chica que llamaron de los *màrtires* en frente de San Hipólito; no se á que atribuir el martirio sino á su codicia.

El itinerario de Cortés segun Betancourt hasta llegar à Tlaxcállan fuè el siguiente. A *Teólcaucan* donde estaba un templo con su torre donde reposó algo habiendo peleado en escaramuzas por el camino. A *Tepotzotlan* donde se quedò un hijo de Moteuhsoma escondido, que despues se bautizò en México en el barrio de S. Hipólito, cuyo padrino fué Rodrigo de Paz, y se enterró en la capilla de S. José (entiendo que es la de S. Francisco. A *Citlaltepec* camino de Tlaxcálan que encontró vacio. A *Xoyóc* que tambien halló escueto. Al dia siguiente al monte de *Aztaquemecan*, y en la falda de un pueblo que llaman *Zacamolcho* pasaron la noche. Un castellano estaba allí tan hambriento que le comiò los hígados á un difunto, accion que incomodó tanto á Cortés que queria ahorcarlo; hubiera sido mas clemente si hubiera tenido igual hambre: no sirvieron de poco los àrboles de capulin con que satisfacian ó entretenian su necesidad. A *Hueyotlipa* y de allí á Tlaxcállan. Entiendo que este es el verdadero itinerario sin dudar de que hubiésen dado los españoles muchas vueltas y revueltas en direcciones opuestas, pues no sabian los caminos, ni los tlaxcaltécas eran muy duchos en guiarlos, porque como enemigos natos de los mexicanos muy pocas veces transitaban por aquellos lugares.

CAPITULO 134.

La batalla de Otompan.

No sabian en Tlacópan cuando los españoles llegaron cuan rotos y huyendo iban: los españoles se remolinaron en la plaza por no saber que hacer, ni à donde ir. Cortés que ve-

nia detràs para llevar todos los suyos delante, les dió priesa que saliésen al campo á lo llano, ántes que los del pueblo se armásen y juntasen con mas de cuarenta mexicanos, que acabado el llanto venian ya picándole. Tomó la delantera, echò delante los indios amigos tlaxcaltécas que le quedaron, y caminó por unas tierras labradas: peleó hasta llegar á un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que ahora llaman por eso nuestra Señora de los Remedios: matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios, primero que arriba subiése; perdió mucho oro de lo que le habia quedado, y fué harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinte y cuatro caballos que le quedaron podian correr de cansados, y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, llenos de lodo, mojados del agua, pues en todo el dia y la noche, no habian parado ni comido. En aquel templo, que tenia razonable aposento, Cortés se fortaleció, bebieron, pero no cenaron nada, ó muy poco, (168) y estuvieron à ver que harian tantos indios que por el rededor estaban como en cerco gritando, y arremetiendo y por que no tenian que comer; guerra peor era esta que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña de los sacrificios y acia la media noche sin ser sentidos se partieron; mas como no sabian el camino iban á tiento, hasta que un tlaxcalteca los guió y dijo que los llevaria à su tierra, si no lo impedian los de México, y con esto comenzaron à caminar. Cortès ordenó su gente, puso los heridos y ropa que habia en medio, los sanos y caballos que quedaron repartió en vanguardia y retaguardia: no pudieron ir tan quedos que no los sintiésen las escuchas que cerca estaban, las cuales apellidaron luego, y vino mucha gente, que los siguiò solamente hasta el dia: cinco de á caballo que iban delante á descubrir dieron sobre ciertos escuadrones de indios que los aguardaban para robar, y que como los vieron creyeron que venian alli todos los españoles, huyeron, mas reconociendo el poco número pararon y se juntaron con los que atras venian, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los españoles una cuesta, en que estaba otro templo con una buena torre y aposento que se llamaba *Tenayuca*, donde se pudieron alvergar aquella noche, mas no cenar. A la alba les dieron los indios otomies un mal rato, pues fuè mas el temor que el daño. Partieron de alli y fueron á un pueblo grande que se llamaba *Quauhtitlàn* por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los españoles. Los del lugar huyeron á otro de miedo, y asi pudieron estar alli aquella, y otra noche siguiente descansar y curar hombres y bestias. Mataron la hambre y sed, y llevaron provision aunque no mucha, que no habia quien la diera. Salieron de aqui perseguidos de infinidad de contrarios que los acometian recio y fatigaban, y de aqui á Quauhtitlán pasaron à otro pueblo que se dice Ecatepec, y ahora San Cristobal, y dista tres leguas de Quauhtitlán: y como el indio de Tlaxcàllan que guiaba no sabia bien el camino, iban fuera de él; al cabo llegaron á una aldèa de pocas casas, donde durmieron aquella noche. A la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los molestaron todo el dia. Hirieron à Cortés con honda, y tan mal que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien sacándole cascos, ò por el demasiado trabajo que pasó. Entróse á curar en un lugar yermo, y luego porque no le cercàsen sacó de èl su gente, y caminando le cargò tanta muchedumbre y peleò tan recio que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales murió y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso: tuviéronla por buena cena, aunque no por bastante para tantos. No habia español que de hambre no pereciése. Dejo aparte el trabajo y heridas, cosa que cada una bastaba para acabarlos; pero la nacion española sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos, que no tenian tiempo ni aun para coger yervas de que comer bastante. Luego otro dia por la mañana se partieron de aquellas casas, y porque tenian temor de la mucha gente que perecia, mandò Cortès que los de acaballo tomásen á las àncas los mas dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estrivos se asièsen ó hiciésen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar, sino querian quedarse à dar buena cena á los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que despues sucedió. Un tal español hubo que llevó á otro acuestas, y lo salvó asi una legua andada, que era entre Aculmàn y Theotihuacàn. En un llano salieron tantos indios á ellos que cubrian el campo, y los cercaron á la redonda, y pelearon de tal suerte, que creyeron los españoles ser aquel dia el último de su vida; pues hubo muchos indios valentísimos que se atrevieron á asirse con los españoles brazo à brazo, y pie con pie, aunque gentilmente se los llevaban arrastrando; ora fuèse por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los aquellos, con los muchos trabajos, hambre y heridas. Làstima era muy grande ver llevar de aquella manera à los españoles, y oir las cosas que iban diciendo. Cortès con todo su mal andaba à una y otra parte, confortando los suyos, que muy bien veia lo que pasaba. Encomendándose à Dios, llamó à San Pedro su abogado, arremetió con su caballo por medio de los enemigos y rompiólos: llegó al que traia el estandarte real de México, que era capitan general, y dióle dos lanzadas de que cayó y murió: en cayendo el hombre y pendon, abatieron las demàs banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por donde mejor pudo, y huye-

[168] *Betancourt dice que socorrieron à los españoles con algunos alimentos los pueblos de* Teócalhuiacan y Tliliaquitepec.

ron que es costumbre que tienen en la guerra luego que es muerto su general y abatido el pendon. Cobraron los españoles coraje, siguiéronlos á caballo y mataron muchisimos de ellos: tantos dicen que no los osó contar. Los indios eran doscientos mil (167) y el campo donde fué la batalla se llama *Otompan* (hoy Otumba.) No ha habido mas notable hazaña ni victoria en estas Indias despues que se descubrieron, y cuantos españolos vieron pelear este dia á Fernando Cortés, segun dicen algunos, afirman que nunca hombre peleó como él ni los suyos, pues este caudillo con su persona los libró à todos.

EL EDITOR.

La batalla de Otumba ha sido justamente celebrada por los españoles porque por ella se salvaron los tristes restos de mas de mil cien hombres que habian entrado en México el 24 de junio llenos de orgullo, y tanto, que Hernán Cortés sin acordarse de los reveses de la fortuna, le habia hecho fieros y desairado à su protector Moteuhsoma, entrándose por su casa sin tener la política de saludarlo, aunque el emperador habia salido al pátio á darle la bien venida; mas à lo que yo entiendo el aplauso de este triunfo es debido principalmente á las tristes circunstancias en que lo consiguieron los españoles.

La salida de estos de México sin duda no fué prevista por los indios, pues ellos la llegaron á entender por las voces que dió una vieja que acaso iba por agua cuando marchaban à escucha gallos en el silencio de la noche para no ser sentidos; de consiguiente no tenian preparada los mexicanos una division por la rivera de San Cosme que les cortára la retirada para el seno de los Remedios donde se aislaron, que à haberlo hecho asì no quedára uno vivo. Los que los persiguieron á la cola fueron mangas sueltas que se ocultaban en los maizales, les daban grita, y aumentaban el pavor de que estaban afectados. Cuando llegaron los mexicanos á entender el rumbo que tomaron que fué el de Tlaxcállan, reunieron varios trozos de tropas de Otompan, Calpolalpan, Teotihuacàn y otros lugares circunvecinos; de aquì es fácil de conocer que no hubo esos doscientos mil hombres que nos pinta el ponderativo de Solís, y que tan crecido número solo pudo figuràrselos la exâltada fantasía de unos hombres que se creian perdidos, y á quienes el miedo haciendo de una fantasmagoría, multiplicaba los objetos de temor por dó quier que tendian la vista. Acordémonos de que Calleja creyó y escribió que lo habian atacado cien mil hombres en Aculco, y mas de cien mil en puente de Calderòn; pongámonos en un tèrmino medio, y figurèmonos que apenas pudie-

[167] *No cabe en aquel llano ni la sesta parte de tanto número.*

ron reunirse á lo sumo veinte mil hombres en cinco dias; bien que esta circunstancia nada disminuirà el mérito de haber penetrado por lo espeso de sus escuadrones menos de quinientos españoles, y mas de dos mil y quinientos tlaxcaltècas y zempóales. Caminaba pues este pequeño ejèrcito por el monte de *Aztaqueman* cuando divisó á lo lejos en la llanura de *Tonan* (dice Clavijero) un numeroso y brillante ejèrcito mandado por el general mexicano *Cihuacatzin* que venia sentado en unas ándas sobre hombros de soldados vestido de un rico hábito militar, con un hermoso plumage en la cabeza, y un escudo dorado en el brazo. El estandarte que llevaba segun su costumbre que llamaban los mexicanos *Tlahuizmatlaxopilli* era una red de oro fija en la punta de una àsta que tenia fuértemente atada á la espalda y se levantaba como diez palmos sobre la cabeza, y su situacion era en el centro del ejército. Cortés procuró dar al suyo el mayor frente posible que permitia su pequeñez, apoyàndose en unos cuantos caballos que cubrian sus flancos. La situacion era peligrosísima, y la muerte casi inevitable; por tanto exhortó á los suyos á que tuvièsen buen ánimo, peleásen con brio, y confiásen en el señor que los habia sacado à salvo de tantos peligros. Comenzóse la batalla con igual furor de ambas partes; eran pasadas cuatro horas de combate, y los mexicanos no aflojaban, ántes por el contrario luchando denodadamente con los españoles cuerpo á cuerpo, herian à muchos de estos y mataban no pocos: en tan apurado trance se acordó Cortès de haber oido decir que los mexicanos jamás abandonaban el campo mientras tenian á la vista el pendòn nacional; por tanto se decidió à penetrar por los escuadrònes hasta arrancar aquella señal sagrada de las manos del general mexicano; acompañòlo Juan de Salamanca, Cristobal de Olid, Avila, Sandoval, y Alvarado que le guardaban las espaldas, y entró con tal impetu que al enemigo que no mataba con la lanza lo tiraba à tierra con los estrivos (*) que debian ser de magnitud y de hierro como poco ha se usaban. (168) Efectivamente, diò un bote de lanza al general mexicano, tirólo á tierra, Juan de Salamanca le cortó la cabeza y se apoderò de sú plumage y estandarte que puso en manos de Cortès; lo cual visto por los mexicanos se desordenaron y de este modo obtuvo la victoria. No creo que los españoles siguieran el alcance porque no estaban para ello, ni menos que en la fuga hiciésen à sus enemigos gran mortandad, ni tampoco que allì peleáse Santiago ni la Virgen; creo sí que peleò el valor y la desesperacion, que reunidos con el buen jui-

[*] *Llamàbanles de mitra, pero mas bien fignraban una cruz de no poco peso. Las monturas baqueras que aun hoy dia se usan, fueron traidas por los españoles, son morunas.*

[168] *Solis dice....* No daban golpe sin herida, ni herida que necesitáse de segundo golpe. *¡Antithesis hermoso é inimitable!*

cio para tomar con calma una medida oportuna dan la victoria. Tambien creo con el comun de historiadores que *Maria de Estrada* muger de un soldado español, armada con una lanza dió muestras de gran valor. Estas marotas desolladas è impudentes, eran unos soldados que de mugeres apenas tenian las partes sexûales, y no pasaban de unas vivanderas, semejantes á aquellas harpías que precedian al ejército de Calleja, y eran como las aves de rapiña que se ocupaban de robar y despojar los cadáveres. Por ùltimo creo, que los tlaxcaltècas harto quejosos de los mexicanos por la pérdida que habian sufrido en la noche triste, pelearon con igual valor que los españoles, distinguiéndose entre sus capitanes *Calmecahuatl*, que por esta circunstancia y haber vivido 130 años, se hizo cèlebre en los fastos de la conquista.

Disputan algunos escritores sobre el dia en que se dió esta batalla; yo estoy con Veytia y Betancourt, en que fué el 16 de julio de 1520, supuesto que la salida de Cortés de México fué el 10 de dicho mes, y que caminando muy léntamente por lo destrozado que iba, haciendo un gran rodéo del occidente de México para Tlaxcállam, no pudo dejar de tardar seis dias para llegar á aquella ciudad que fué su punto de apoyo, y lugar de asilo.

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE

DE LA HISTORIA DE LAS CONQUISTAS

DE HERNANDO CORTES,

Y CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE PRIMER TOMO.

Prólogo del editor de primera pág. á 13, primer foliage.

Cap. 1. Del nacimiento y padres de Hernando Cortés..pág. 1.

Cap. 2. De la edad que Cortés tenia cuando pasó á Indias.....pág. 2.

Cap. 3. Del tiempo que residió Cortés en Santo Domingo.....pàg. 3.

Cap. 4. En que se cuentan algunas cosas que acontecieron en Cuba á Cortés.....pág. 4.

Cap. 5. Del descubrimiento de la Nueva España y otras cosas.....pág. 6.

Cap. 6. Del rescate que tuvo Juan de Grijalba en las islas de Yucatàn, y San Juan de Ulúa.....pág. 7.

Cap. 7. La diligencia y gasto que hizo Cortés para armar la flota.....pág. 9.

Cap. 8. De los hombres y navios que trajo á la conquista.....pág. 11.

Cap. 9. La entrada de Cortés en Acuzámil.....pág. 14.

Cap. 10. De como en Acuzámil dieron nuevas á Cortés de Gerónimo de Aguilar que fué intèrprete de los españoles.....pág. 16.

Cap. 11. Venida de Gerónimo de Aguilar á Hernando Cortés.....pág. 18.